

Del erotismo al anti-erotismo, una visión de la narrativa Centroamericana contemporánea

From eroticism to anti-eroticism, a vision of contemporary Central American
narrative

José Pablo Valerio Arce

Universidad Nacional, Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje, Costa Rica

<https://orcid.org/0000-0003-0341-3938>

josepablovalerio@gmail.com

Recibido 16 enero 2026

Aceptado 07 abril 2026

DOI <https://doi.org/10.48204/societas.v28n2.9234>

Resumen

En esta ocasión se analizan tres novelas contemporáneas centroamericanas en cuanto a su representación del tema del erotismo en busca de definir su conceptualización de este, la estructuración discursiva y principales características de lo erótico en ellas, así como la funcionalidad de su representación en cada texto, esto a la luz de los postulados de Bataille, Barthes, Paz y Zúñiga sobre el tema. Se concluye que el tópico en la novela de Luis de Lión es transgresor y parte del conjunto identitario del sujeto indígena en su diferenciación del ladino, mientras que lo erótico en Galich es humorístico para satirizar su naturaleza superficial en un contexto neoliberal, mientras que en Castellanos Moya evoluciona para convertirse en un discurso "antierótico" que da cuenta de un hedonismo rampante que atenta contra cualquier principio ético dado.

Palabras clave: literatura contemporánea, análisis literario, sexualidad

Abstract

On this occasion, three contemporary Central American novels are analyzed in terms of their representation of the topic of eroticism in search of defining their conceptualization of this, the discursive structuring, and main characteristics of the erotic in them, as well as the functionality of their representation in each text, this considering the postulates of Bataille, Barthes, Paz and Zúñiga on the subject. It is concluded that the eroticism in Luis de Lión's novel is transgressive, and part of the identity set of the indigenous subject in its differentiation from the Ladino, while the erotic in Galich is humorous to satirize its superficial nature in a neoliberal context, while in Castellanos Moya it evolves to become an "anti-erotic" discourse that reflects a rampant hedonism that violates any given ethical principle.

Keywords: contemporary literature, literary analysis, sexuality

Introducción

El examen detenido del panorama de la narrativa centroamericana contemporánea permite corroborar la emergencia de temáticas y estéticas poco frecuentes en la tradición literaria del istmo. La representación literaria de cuestiones eróticas y políticas asociadas a la comunidad LGTB+ y el auge de la literatura fantástica son dos ejemplos claros de esta tendencia general. Desde el término de los conflictos armados que se libraron desde 1960 hasta 1996 y con motivo de la influencia de la globalización y la posmodernidad, se ha venido replanteando la configuración del campo literario regional y, con ello, el sentido y las consecuencias sociales, culturales y artísticas de los enfrentamientos civiles que asolaron la región durante el periodo citado. Más allá de la denominada *literatura de posguerra*, determinados géneros discursivos y formas literarias han sufrido una profunda transformación, a la vez que ha ocurrido una diversificación de los referentes de las letras centroamericanas.

En los decenios anteriores, el interés de la crítica literaria y cultural estuvo determinado por factores exoliterarios, codependientes de las dinámicas sociopolíticas de los conflictos bélicos y su incidencia directa en diversos géneros literarios, con una preponderancia del testimonio acerca de la lucha armada y la experiencia traumática. Este sesgo provocó que la investigación académica se enfocara casi exclusivamente en explorar la vertiente literaria que versaba sobre problemáticas derivadas de las luchas fratricidas, en muchas ocasiones difuminando la frontera entre la ficción y la realidad. Como resultado de ello, se difundieron numerosos análisis que trataban de comprender la contemporaneidad social a partir de la literatura, ora desde visiones locales, ora desde una mirada extranjerizante, al mismo tiempo que exótica.

En atención de estas condiciones de la historiografía literaria regional, el presente artículo se desmarca del ejercicio crítico literario de este fenómeno específico y aborda determinados textos contemporáneos desde una perspectiva propia de los estudios comparatistas. En sentido preciso, este trabajo analiza el motivo del erotismo en una muestra de narrativa centroamericana contemporánea. En específico, se discute el desarrollo, a partir de la década de 1980, del discurso posmoderno del erotismo en la

narrativa centroamericana. Dadas las limitaciones inherentes al artículo, se comentan tres textos narrativos de la región y se propone como objetivo general definir el concepto de erotismo presente en las novelas *El tiempo principia en Xibalbá* (1985), del guatemalteco Luis de Lión (1939-1984), *Managua Salsa City (¡Devórame otra vez!)* (1999), del guatemalteco-nicaragüense Franz Galich (1951-2007) y *Moronga* (2018), del salvadoreño Horacio Castellanos Moya (1957-). Sumado a esto, se proponen como objetivos específicos: analizar la estructuración discursiva, además de los principales rasgos, del erotismo en las novelas escogidas y examinar la funcionalidad del tipo de erotismo representado en los textos.

Con respecto al estado del conocimiento, es menester iniciar con el caso de *El tiempo principia en Xibalbá* (1985). Uno de los estudios más significativos es el de Poe, quien considera que, en este texto, la violencia se entremezcla con la sexualidad. Plantea que el texto demuestra la: “(im)posibilidad de construir una identidad que integre lo indígena y lo hispánico a partir del campo de la sexualidad. La sexualidad constituye el visor desde el cual el texto escenifica una identidad colectiva y subjetiva totalmente destruida, en ruinas” (2003, p. 84). En la misma línea de pensamiento, Alfaro Córdoba considera la práctica erótica representada en la novela como algo negativo. Esto por cuanto aparece como un “acto de incomunicación, una situación que da más para la violencia y la autoflagelación que para el disfrute” (2010, pp. 59-60). Camacho Alfaro (2022) también refiere a la violencia en contexto erótico hacia el personaje de Concha en el juicio por su disfrute de la sexualidad tras enviudar (p. 120). Esto se da por la preponderancia de una mentalidad patriarcal, lo cual se demuestra cuando al contraer nupcias, las otras mujeres de la comunidad esperan que se embarace. La sensualidad femenina se enmarca en función reproductora y de complacencia hacia el varón, con lo cual el erotismo está regido por una institucionalidad rígida como lo es la moral cristiana en temas matrimoniales (Camacho Alfaro, 2022, p. 125).

Como segundo tema, se encuentra el erotismo invertido. Esto porque el acto sexual es inconcluso, se genera frustración. Prueba de ello son dos episodios esclarecedores: la mutilación genital, pues el personaje femenino busca la frigidez; así como el fetiche

sacrílego del varón que trata una penetración imposible de la efigie de madera de la Virgen de la Concepción, la cual encarna en el texto la deconstrucción del símbolo católico de María. Esta madre primigenia es deseada, hay una cognición incestuosa por parte del pueblo. Incluso, se confunde con la otra virgen, la ramera de carne y hueso, también deseada por los varones (Poe, 2003, pp. 88-89).

Asimismo, Concha (nombre polisémico, asociado tanto con el diminutivo de Concepción como con el término peyorativo referido a la vulva), actúa dentro de un tópico atípico y tabú dentro de la sociedad latinoamericana, como lo es la violación del marido. Ella huye tras el ultraje. El personaje masculino se confunde, pues no sabe si ha sido asaltado por su esposa, por la Virgen de madera o por su propia madre. En este episodio, se pone en juego la función activa de la mujer que rompe con el imaginario colectivo y convierte al hombre en un impotente pasivo. Según Poe, el rol dominante es intercambiable y la sexualidad se enmarca en los límites heterosexuales (2003, pp. 89-90). Empero, esta última idea será debatida en este ensayo, pues el texto alude también a la homosexualidad. La posición de Poe coincide con la propuesta de Alfaro Córdoba, quien clasifica la novela como un texto heteronormativo: “la sexualidad heterosexual única representada (...) se ejerce siempre con una cuota de ‘servidumbre voluntaria’ de parte de las mujeres” (2010, p. 59). Del Valle Escalante (2015) ofrece una interpretación complementaria sobre la figura de Concha y de las inversiones que presenta el texto, puesto que es ella quien es descrita como ostentadora de una dimensión erótica que parodia desde su denominación a la virgen de madera, patrona del poblado. Mientras que, para el cristianismo, la sexualidad es parte de un rito sagrado dentro del matrimonio, la novela la considera práctica espiritual ligada a la comunidad, que se satisface en la prostituta, quien unifica a todos los hombres del pueblo en ella (p. 329), visión que coloca a la citada mujer como una servidora de la población masculina, hecho que también será contraargumentado en el presente análisis.

Un tercer aporte crítico procede del estudio de Boyer (2019), quien interpreta lo erótico a partir de la relación entre ladinos e indígenas. Este concluye que los últimos manifiestan frustraciones sexuales fruto de la hegemonía de los primeros sobre ellos (p. 113). Se

señala que la negativa de Juan Caca de relacionarse genitalmente con Concha se debe a que ella es indígena; abstención sexual entre etnias a la que también alude Alfaro Córdoba (2010, p. 59). Por ende, Vázquez-González (2011) menciona que el erotismo de Concha ejercido libremente es un puente para el reconocimiento de la otredad, pues culturalmente se rechaza al sujeto femenino indígena por distanciarse con respecto al arquetipo de belleza occidental (pp. 49-50).

Conjuntamente, otro elemento occidental, como lo es el cristianismo, aparece en el texto para juzgar el erotismo indígena en la figura de Concha, pues como indica Moreno Mosqueda (2009), debe recordarse que el sacerdote había condenado a la joven por su degeneración sexual en sus sermones ante el pueblo (p. 127), con lo cual es rechazada públicamente por parte de la institucionalidad religiosa. Al final, el autor dictamina que la atracción sexual de los sujetos masculinos hacia la Virgen de Concepción simboliza el deseo de librarse de la autoridad que los oprime (Moreno Mosqueda, 2009, p. 131). ¿Cómo se alcanza este estadio de emancipación? Para García de la Sienra (2021), la semejanza corporal entre Concha y la Virgen de la Concepción hace que las fantasías sexuales de los varones hacia la segunda se materialicen en la posibilidad de unirse con la primera. Son personajes antónimos, pero complementarios. Concha es una “antimujer”, es hipersexualizada y estéril, mientras que la deidad se corresponde con una doncella que concibió sin estar en contacto con ningún hombre (pp. 139-140). Al final, hay una apropiación del significado sacro del otro, recurso empleado para reafirmar la posibilidad de lo autóctono a través del erotismo.

En el caso de *Managua Salsa City (¡Devórame otra vez!)* (1999) la cantidad de estudios críticos dedicados al tema del erotismo es menor. Wieser (2015) hace una observación puntual, pero valiosa, sobre el paratexto nominal, puesto que alude a una canción popular que “se refiere claramente a relaciones sexuales, [pero que] en el contexto de la novela el título insinúa además que las noches de Managua suelen ‘devorar’ a sus habitantes a través de múltiples peligros” (p. 208). En relación con esta tesis, la autora señala la polisemia de la frase, que canaliza su sentido en el texto lejos de la mera interpretación erótica.

De igual manera, Wilson (2011) expone una interpretación sobre la cuestión del erotismo en la novela nicaragüense. Según esta autora, la construcción de la sexualidad es denigrante, tanto la genitalidad humana como la práctica del sexo se retratan en cuanto concepciones animales (p. 56). Este principio se constata en el tono empleado por la instancia narrativa femenina, ya que La Guajira comenta las miradas que anhela, pues considera que los hombres admiran a las mujeres con lascivia y de manera bestial. Asimismo, este personaje caracteriza el coito mediante la animalización, al señalar que el hombre lo hace “bramando” (Wilson, 2011, p. 57).

Conforme el relato se desarrolla, la visión pasa de enfocarse en el sujeto masculino hacia el femenino. Los personajes secundarios masculinos consideran a La Guajira de forma inhumana, puesto que la califican como “más cogida que las gallinas” (Wilson, 2011, p. 57). Incluso, la propia narradora femenina se autorrepresenta de conformidad con un imaginario bestializado: “gemí y casi relinché, como yegua, rugí como leona” (Wilson, 2011, p. 57). En resumen, para la especialista, este texto recoge una representación animal de la sexualidad humana, en la cual, el erotismo es denigrante, puesto que deshumaniza a los personajes y su dimensión sexual.

Muñoz (2017) señala que los objetivos de los personajes principales, Pancho Rana y La Guajira, giran alrededor del sexo y el dinero, respectivamente (p. 10). Más adelante, el crítico hace una caracterización del encuentro sexual entre ellos, que queda definido por el vocabulario guerrillero con el cual se narra como un hecho que hace manifiesta la posesión y el poder ejercido sobre el otro (Muñoz, 2017, p. 13). Villalobos (2003) plantea una visión carnavalesca del texto. En particular, este investigador indica que la celebración managüense tiene como pilares el sexo, la droga y la muerte, todo en un trasfondo nocturno (pp. 128-129). A su juicio, La Guajira es caracterizada como la mujer que todos desean poseer, ligada a la ciudad que da título a la novela. El baile y el erotismo configuran una alegoría festiva, pero tenebrosa, por el desarrollo de la diégesis (Villalobos, 2003, pp. 131-132). Al final, el crítico concluye que la representación literaria de Managua está determinada por un imaginario que descansa en dos pulsiones

simbólicas, a saber, los orgasmos y la muerte; esto es, por el Eros y el Tánatos (Villalobos, 2003, p. 132).

Por último, en el caso de *Moronga* (2018) se dispone de pocos estudios críticos acerca de lo erótico; posiblemente, esto se deba a su más reciente fecha de publicación. Jossa (2019) destaca la sobresaliente tensión sexual con la cual cargan los personajes principales. Con base en ello, lee el título de la novela en dos sentidos. Primero, literalmente, como morcilla y, en segundo término, figuradamente, como connotación sexual al falo (p. 348). Bezhanova (2021) refiere un apartado del texto en el cual Zeledón recuerda cómo el Viejo asesinó a un guerrillero de alto rango, quien abusó de los niños en el campamento (p. 89). Este elemento puede ser considerado como parte del “antierotismo” por analizar en el apartado ulterior. También, es menester destacar que Zeledón y Aragón pierden sus trabajos “a causa de su incapacidad de acatar (o siquiera comprender) las normas de conducta basadas en la visión anglosajona del género y la sexualidad” (Bezhanova, 2021, p. 93), con lo cual se aprecia una diferenciación cultural de peso para comprender las diversas visiones de ambas sociedades con respecto a la cuestión normativa del erotismo.

Tras el análisis de las interpretaciones críticas efectuadas por diferentes intelectuales, se tiene que la justificación del presente estudio radica en que el tema del erotismo ha sido abordado por la crítica literaria en estos textos de manera tangencial, lo cual ha respondido sobre todo a menciones concretas que se derivaron de interpretaciones efectuadas desde enfoques diferentes a los propuestos en esta ocasión por la naturaleza de las investigaciones, por lo cual el presente trabajo busca alejarse de la visión prototípica que se tiene de los textos para brindar nuevas percepciones sobre estos en favor de una regeneración de los estudios literarios contemporáneos sobre Centroamérica.

Desarrollo

Acercamientos conceptuales

Antes de proceder con el análisis, es debido recurrir a distintas fuentes de autoridad con respecto al tópico en cuestión. Primeramente, para definir el erotismo, se elige a George

Bataille con su texto ensayístico *El erotismo*, publicado originalmente en 1957. Allí indica que el humano, como todo animal, tiene relaciones genitales para dar vida. No obstante, el ser humano se diferencia de las bestias porque ha convertido dicha actividad sexual en un acto de búsqueda psicológica de placer alejada de la mera reproducción, esta última se opone al erotismo (Bataille, 1997, p. 15). Octavio Paz (1994) apoya esta noción, pues concibe que el erotismo ostenta la posibilidad de que el placer sea un fin en sí mismo, ya no subyugado a la función biológica de perpetuar la especie (p. 11). Todo esto ha generado el goce sexual, que es capaz de tener, en ciertos contextos, facetas perturbadoras, puesto que asesinar puede generar placer a algún degenerado (Bataille, 1997, p. 16).

En una línea similar de pensamiento con Bataille en lo correspondiente a la potencialidad de la humanidad en el campo de la sexualidad, Roland Barthes (2005) afirma que: “Un erotismo ‘exitoso’ es una relación sexual y sensual con el ser que se ama (...) es una especie de vía de acceso a una trascendencia de la sexualidad” (p. 254); con lo cual, posiciona al erotismo como una elaboración más allá del coito propio del animal. Según su criterio, para que este sea verdaderamente satisfactorio, debe realizarse en un contexto que involucre a un sujeto amado. Con ello, incorpora el sentimiento en la configuración erótica. Asimismo, Paz indica que “el erotismo no es mera sexualidad animal: es ceremonia, representación. El erotismo es sexualidad transfigurada: metáfora” (1994, p. 10). Con ello, se reafirma la elaboración en torno al erotismo que plantea el ser humano. Esto hace que se dote al hecho de un sentido, conlleva significado en sí mismo. Sumado a lo anterior, se puede probar que el acto sexual es distinto al erotismo en cuanto el primero es invariable, mas el segundo es ideación humana, que fluctúa de acuerdo con diversas variantes. Incluso, el humano se distingue también de las bestias porque dentro de su ideación erótica el compañero puede ser imaginario, solo creado mentalmente para cumplir con un propósito lascivo (Paz, 1994, p. 15).

Ya en la práctica, la relación sexual produce la ruptura de los cuerpos, que son cerrados por naturaleza. Prototípicamente, el hombre activo ingresa en la mujer pasiva. En la unión se da la disolución del ser. Dicha apertura se puede ver desde la acción de quitarse

la ropa. Se comunica al otro el deseo de generar una continuidad de sí mismo si se engendra vida, para evitar la discontinuidad corporal en la cual nos encontramos y que se acabará irremediabilmente con la muerte, con el fin de la existencia (Bataille, 1997, p. 22). Para Bataille, la desazón humana principal es la búsqueda de un imposible. Toma la idea platónica para definir como dicho imposible la ligazón máxima de dos personas, la solución en una carne de dos seres distintos. En resumen, el mito del andrógino. Debido a esto, la pasión vendría a ser sufrimiento, un constante anhelo de algo inalcanzable a través del placer (1997, p. 25).

Dicho placer puede entrar en consonancia con lo prohibido. Muchos seres al transgredir una norma experimentan cierto goce. Empero, esto se juzga con lo que dentro de las culturas cristianas se tiene como “pecado”, que genera angustia al sujeto. Pero, ante todo: “manteniendo lo prohibido como tal, lo mantiene para gozar de él. La experiencia interior del erotismo requiere de quien la realiza una sensibilidad no menor a la angustia que funda lo prohibido, que al deseo que lleva a infringir” (Bataille, 1997, p. 43). Las prohibiciones nacieron como medidas para regir sobre la actividad sexual. La comunidad no puede ejercer su sexualidad mientras se desarrollan actividades laboriosas cotidianas, por ello, se limita la libertad sexual. Históricamente, en todas las edades de la humanidad se somete al sujeto a normas sobre conductas sexuales dadas, que varían con el paso del tiempo o dependiendo del lugar geográfico. Véase que el ocultamiento de ciertas partes del cuerpo consideradas como sexuales varía entre culturas. Pero, en general, para la cópula el masculino y el femenino se aíslan (Bataille, 1997, p. 54).

Aunado a esto, Paz señala que “por sus funciones en la sociedad, es cultura. Uno de los fines del erotismo es domar al sexo e insertarlo en la sociedad” (1994, p. 16). Así, dentro del aparente infinito que representan las posibilidades eróticas del sujeto, si se incluyen las manifestaciones sexuales imaginarias ya citadas por el intelectual, se establecen límites sociales, entendidos y aceptados por las personas. Es un sistema axiológico heredado inconscientemente, que se da de generación en generación a través de la familia y por los medios de comunicación. Se establece así, y se limita, lo aceptable de lo prohibido. Para hablar de autorregulación del sujeto en el campo erótico, Paz acude al

concepto de la moral. Establece que también entran en juego la ciencia y la higiene como elementos que encasillan el proceder del sujeto en el ejercicio de su sexualidad: “El miedo a la enfermedad no es menos poderoso que el temor a la divinidad o que el respeto a la ley ética” (1994, p. 18). De esta forma, ante los ecos de la moral religiosa, muchos sujetos inconformes con las prescripciones cristianas heredadas por Occidente han optado por acallar la conciencia a través de su propia deconstrucción. Empero, a pesar de la caída de los grandes relatos propia de la posmodernidad, la persona tiene noción de los riesgos que conlleva la actividad sexual exacerbada por la persistente recepción de advertencias por parte del robusto aparato científico que se ha gestado de la mano del desarrollo tecnológico.

Paz comenta sobre el fenómeno de la libertad sexual que se generó en la segunda mitad del siglo XX. Esto porque se creyó que dicho fenómeno erradicaría la profesión más antigua de la humanidad, así como la comercialización de imágenes explícitas. No obstante, la realidad es que tanto la prostitución como la pornografía crecen a ritmos inimaginables. La causa es el capitalismo extremo, el cual “ha aplicado las leyes impersonales del mercado y la técnica de la producción en masa a la vida erótica. Así la ha degradado, aunque como negocio el éxito ha sido inmenso” (1994, p. 158). El erotismo se desnaturaliza, se enmarca en el sistema neoliberal para proceder con la consideración del deseo sexual como una necesidad del sujeto que debe satisfacer a como dé lugar y de forma expedita a través del clímax. Entonces, el consumismo sexual ha hecho que dichas prácticas otrora transgresoras ahora sean simples elementos parte de una economía de mercado mecánica e institucionalizada; perdieron su potencial erótico (Paz, 1994, p. 159).

Otra perspectiva sobre el erotismo revela que los dos extremos de la existencia (nacimiento y muerte) no están tan alejados. Su conexión epistémica se puede apreciar en la controversial práctica del sadismo (Bataille, 1997, p. 46), que rompe con la aparente noción que existe de incompatibilidad entre el deseo sexual y la violencia, pues a lo largo de las culturas la sangre se ha considerado emanación prohibida, signo de agresión y de muerte (Bataille, 1997, p. 58). Paz arguye que la práctica sadomasoquista debe tener

ciertos rasgos. El primero es que el ente activo ostenta poder absoluto y siente indiferencia ante el destino del elemento pasivo. Esto lleva al segundo punto, que es la necesidad de que el sujeto paciente sea servil al extremo, siempre en favor del cumplimiento de cada anhelo y solicitud sexual del “amo” (1994, p. 26). De lo anterior se deriva que el acto erótico sádico-masoquista involucra dos partes que dan su consentimiento, en ningún momento se viola la voluntad del otro, sino que se da la entrega a la parte dominante hasta el extremo porque ello le conlleva placer.

Por último, se tiene que los genitales se consideran impuros porque a través de ellos se emiten deyecciones. San Agustín los considera obscenos y popularmente son llamados “partes bajas”, pero a la vez son objeto de la fascinación del sujeto. Con ello, se halla un rasgo común entre la porquería y la sexualidad humana (Bataille, 1997, p. 62). Esto permite comprender la razón de la castidad exigida a los religiosos en forma de celibato, pues se busca que estos órganos sean privados de su función lasciva por algo mayor, por un amor ultraterreno. Esto último es contrario al pensamiento del hedonista, quien tiene al placer como objetivo máximo en detrimento de cualquier dogma religioso o ético que subyugue lo carnal a algo trascendente (Paz, 1994, p. 24).

Con respecto a la enunciación de lo “antierótico” como propuesta que se contrapone al erotismo, esto es formulado por Zúñiga Rivera (2016) en su análisis sobre el cuentario *Antierótica feroz* (2013) de la escritora costarricense Laura Fuentes. Dicho texto aborda temáticamente situaciones erótico-sexuales problemáticas como la pedofilia, la violación, el incesto o el sadismo pornográfico en escenas de violencia doméstica. Toda la colección respira crueldad y desagrado. Desde el título, se puede apreciar un cuestionamiento a lo erótico (p. 530).

Se señala que el cuerpo puede descargarse sexualmente sin necesidad de amor, lo carnal se vuelve un fin en sí mismo. Los humanos pueden tener sexo sin que haya afectos o sentimientos de por medio. Entonces, al no existir amor, se dice que el cuerpo espera distintas cuestiones parafilicas, como el bestialismo o el crimen, para sustituirlo. La sexualidad se vuelve algo animal, sin límites. Los deseos de los personajes remiten a ciertas acciones nauseabundas, dolorosas o aterradoras. Por ejemplo, un relato habla

de la violación de una bebé de meses por parte de un joven de veintitantos años, caso costarricense real, horroroso y repetido a lo largo de la historia de la humanidad (Zúñiga Rivera, 2016, pp. 531-532).

El “antierotismo” se construye a través de facetas humanas oscuras como las del onanismo público, el crimen, lo *queer* llevado al extremo, la institucionalización del placer como deber que termina por matar el goce, entre otros. Esto se da porque la concepción del erotismo es abierta, por lo tanto, continúa definiéndose. Por ello, la gente se excita de distintas formas, con lo cual se entra en el campo de lo ético, de lo aceptable en términos de prácticas sexuales (Zúñiga Rivera, 2016, pp. 532-533). Con base en ello, el “antierotismo” sería una versión del erotismo llevada al extremo, asumida sin ninguna consideración sobre lo que está bien o mal. También, sería una desviación del sentido del término originario, así como de sus características. Un ejemplo de ello es el relato “Antierótica XXI”, de Laura Fuentes, en el cual se describe que las personas de una sociedad distópica tienen el derecho de recibir sexo, para lo cual hay un servicio de folladores. Pero una señora llama a la autoridad estatal para quejarse de que no es feliz, aunque tenga sexo con 14 hombres por semana (Zúñiga Rivera, 2016, p. 533), con lo cual hay “antierotismo” debido a que una actividad que se da voluntariamente y por placer cuando se desee ahora es institucionalizada y brindada a todos, con lo cual pierde su valor para los ciudadanos. Es casi un mandato, un deber el gozar de las actividades sexuales, “[e]l exceso entonces sería antierótico” (Zúñiga Rivera, 2016, p. 535).

Ante ello, Zúñiga Rivera señala que la propuesta del “antierotismo” resulta polémica en la sociedad actual, ya que estamos en momentos de reivindicaciones, de luchas sociales y de búsqueda de adquirir derechos sexuales y humanos en general. Según la visión de la escritora Fuentes, la lucha por el placer estaría condenada a fracasar porque la regulación estatal anularía el gozo innato del acto (Zúñiga Rivera, 2016, p. 538). Otra faceta del “antierotismo” se liga con “la indecencia del cuerpo, el placer y la perversión” (Zúñiga Rivera, 2016, p. 541). En la distopía de Fuentes, la religión no existe, no hay ninguna instancia que castigue o limite la actividad sexual. La perversión ahora es la castidad. La anorgasmia es delito, negarse al sexo es algo patológico para la sociedad

futurista de los relatos (Zúñiga Rivera, 2016, pp. 542-543). Empero, al final de cuentas, la ciclicidad del sexo, su práctica desaforada lleva al tedio, con lo cual los sujetos pierden su plenitud (Zúñiga Rivera, 2016, p. 546). En síntesis, el “antierotismo” es el mundo al revés, en el cual las sexualidades al margen son las más conservadoras y tradicionalistas. Es algo grotesco, hiperbólico, masivo, burlesco, y, al igual que el erotismo en sí, angustioso, porque el placer nunca se alcanza totalmente (Zúñiga Rivera, 2016, pp. 546-547).

A partir de estos postulados teóricos sobre los cuales versa la presente interpretación, se pueden trazar en los diversos textos que conforman el corpus los rasgos propios del erotismo, con lo cual se logra contrastar la estructuración discursiva del concepto que se da en cada muestra narrativa con su contraparte antierótica en la novela de Castellanos Moya. Esto será desarrollado en la siguiente sección.

El erotismo como forma de vida: Concha en Xibalbá

El narrador abre uno de sus capítulos con una afirmación blasfema: “La Virgen de Concepción era una puta” (p. 40)¹. Esto pone de manifiesto un posicionamiento contrario al cristianismo. Más adelante, se explica que no solo se hacía referencia a la virgen de madera del pueblo, sino a Concha, una mujer atípica para la sociedad, pero que se le parece en el plano físico. Ella tiene sexo con los hombres de la comunidad: “si le daban dinero lo recibía, pero no lo exigía porque el asunto estaba en que veía el mundo por los ojos de las canillas” (p. 40), descripción que manifiesta el interés máximo de la mujer: tener relaciones sexuales. Su propósito es ese, por ello no cobra la actividad, no lo considera un trabajo, sino una actividad voluntaria, tanto así que metafóricamente se indica que la mirada de la realidad de la susodicha se da a través de sus genitales. Su sexualidad se desborda, es desmedida, figuradamente se dice que su cuerpo se llena de pájaros y su hombre no es capaz de saciarlos. Al final, el hombre muere y ella busca más

¹ De Lión, L. (2018). *El tiempo principia en Xibalbá*. Ediciones del Pensativo. Todas las citas provienen de esta fuente. En adelante, se indica únicamente el número de página entre paréntesis.

parejas que la satisfagan. Otro de sus compañeros sexuales es rechazado, por lo que dice que ella no quiere a los hombres (pp. 41-42). Esta representación pone de manifiesto que la actividad sexual es placentera para la mujer, que no busca ligarse a otro masculino tras enviudar. Copula con los hombres por su propio interés, no en actitud de servidumbre o por ayudarlos, como ciertas lecturas lo han expuesto.

La actividad sexual exacerbada provoca que fornique con un hombre casado. Aquí, se da un punto de quiebre, porque sus padres la echan de casa debido a un sermón en el templo católico: “el tufo del rosario de maldiciones del padre salió un domingo del púlpito a la calle y de la calle entró directamente a los oídos de sus tatas” (p. 43). En esta ocasión, se retoma el discurso del metarrelato cristiano para confrontarlo con la visión de Concha. Ella solo vive por el placer sexual, en detrimento de cualquier mandato al respecto, ya sea divino o social. El gran relato de la familia también cae, puesto que su matrimonio acabó por razones naturales con la muerte del marido, pero su núcleo familiar también se fragmenta por su accionar sexual que desata la furia paterna. Todo esto muestra que el erotismo es asumido por Concha para dar sentido a su existencia: “le dio por llorar de la pura alegría. Y ni modo, era sabroso, riquísimo, gozar seguido ese rito lacrimoso con que ella recibía a los hombres” (p. 44).

El erotismo en ella es palpable al diferenciarse de la procreación, como lo señalaba Bataille, puesto que “había conocido al primer hombre y que luego, cuando había sentido los dolores del parto de un niño que nació muerto, había establecido la diferencia entre las dos sensaciones y se había propuesto sólo saborear la primera” (p. 49); con lo cual, separa la gratificación sexual de la reproducción, proceso que no desea conocer nunca: “cuando supo que si una papera caía al vientre la gente se quedaba inútil, ella se había dejado caer todas las que de vez en cuando le resultaban hasta quedar vacunada contra los espermatozoides” (p. 49). Concha contrae nupcias bajo el rito católico con Juan Caca, factor que podría considerarse contraargumentativo con respecto a la lectura propuesta sobre un relato alejado del cristianismo, pero los recién casados nunca consuman el matrimonio, no hacen el amor. Esto es causal de nulidad matrimonial bajo la perspectiva católica, no hay sacramento, es un rito inválido. Más allá de esto, provoca la ira de

Concha, que suplica, se flagela y busca incesantemente al hombre sin éxito (p. 51), ha sido privada de su actividad erótica, se desespera, vive en la angustia del placer arrebatado. Al final de cuentas, decide quemarse los genitales, se mutila para acallar la necesidad sexual de su cuerpo (p. 60).

En otra vertiente erótica, Juan Caca presenta indicios de homosexualidad. En un pasaje simbólico tanto el susodicho como su contraparte Pascual se animalizan correspondientemente en una gallina y un coyote. El ave va en búsqueda del mamífero y lo aprecia recostado: “lo podía observar mejor que cuando sólo lo había atisbado desde cerca de la puerta de calle de su casa (...) Lo vio como se ve a un dios soltero y hasta le tembló el corazón deseando ser Coyota” (p. 86). Hay una revelación de prácticas voyeristas pretéritas. La asimilación a una deidad revela la fijación que genera Pascual en Juan Caca, una atracción tabú en el contexto sociocultural en el cual se desarrolla la diégesis por tomar como objeto del deseo a otro hombre.

Así, según el pensamiento de Paz ya expuesto, el erotismo es una manera de delimitar lo aceptable de lo prohibido. Dentro de los límites ideológicos de la sociedad descrita, la práctica homosexual se condena y se juzga por parte del ojo público. Empero, ese discurso erótico se malea para proceder con la confesión de un deseo oculto, como lo es el de anhelar el coito entre seres del mismo sexo. El culmen de esto es la explicitación de un deseo de Juan, encarnado en la gallina, por convertirse en un animal de la misma especie que Pascual, pero del sexo opuesto, obviamente con el fin de copular. La única forma de consumir el deseo sería a través de la metamorfosis en seres de distinto sexo por los mandatos de la axiología erótica de la comunidad. Lo descrito es una apetencia del sujeto humano masculino por la homosexualidad que conlleva, desde el discurso cristiano, una condena, esto porque la práctica de la fornicación es pecado. Solo la práctica sexual dentro del matrimonio (heterosexual) es lícita. Nuevamente, el erotismo que se presenta y expresa Juan con respecto a Pascual atenta contra el metarrelato religioso, impuesto a los nativos por los conquistadores e interiorizado a través del tiempo.

De hecho, el pueblo también tiene deseos eróticos que se alejan de la concepción cristiana del sexo, ya que quieren “que si el pajarito se les parara nuevamente que ya no pudiera fabricar más muchachitos” (p. 98). Esto, de nuevo, es contrario al discurso cristiano-católico, que aboga por la apertura a la vida, decisión que deben necesariamente compartir los cónyuges, bajo pena de nulidad matrimonial. De esta manera, a través de prácticas por el estilo, la identidad de los nativos se reafirma como otro sujeto que se resiste al imaginario colonial-ladino que se le ha mandado adoptar. El pueblo a través de la transgresión alcanza un estatus nuevo de ser, se percibe bajo valores novedosos frente a la otredad que los definía como subalternos.

Ligado al argumento anterior, la religiosidad popular es inconstante, se mueve por amor a la Virgen de la Concepción, pero tiene anhelos ocultos perturbadores. Muestra de ello es cuando un aldeano besa la figura de madera en la boca porque se la llevaron a otra casa como parte de la rotación para hacerle rezos (p. 102). Sinécdoque del resto de hombres, se demuestra que hay un deseo sexual de parte de los varones de la comunidad por la madre de Cristo: “todos la habían besado en la boca por medio de la boca de un principal” (p. 103); visión erotizada que atenta contra la figura de la virgen inmaculada del cristianismo. Así, la lectura que han efectuado los indígenas de la devoción mariana se mueve más hacia los derroteros de la pasión erótica. Han comprendido el sentido del amor a la Madre, pero de forma literal. El ápice del caso se da con la violación de la Virgen de la Concepción por parte de Pascual. El sacrilegio ratifica la vivencia del erotismo como relato que guía la vida de los sujetos sobre todas las cosas, que se desviven por el placer.

Asimismo, suplantando a la figura de madera con Concha para su veneración: “llegaron al camarón en donde estaba la otra, la de Concepción, y la sacaron (...) la tiraron en un rincón con las demás cosas (...) procedieron a ponerle el vestido, el manto, la corona a ella, la nueva virgen” (pp. 118-119). Han preferido la imagen del placer erótico en detrimento de una de las figuras principales del cristianismo. Se decantaron por los goces carnales, renuncian a la espiritualidad cristiana y, con ello, a los valores de castidad y pureza inherentes a la madre de Cristo. Lo anterior, culturalmente, se puede comprender

por el deseo de ser un sujeto, ya no una otredad. Toman un símbolo sacro, con todo el significado que encierra en sí mismo, y lo arrojan con el sentido de destronarlo, para “canonizar” a una mujer de carne y hueso, una femenina poderosa en el pueblo, una auténtica matrona que infunde celos en sus congéneres, además de respeto y deseo por parte del sexo opuesto. Entra en juego el carácter ceremonial. Como lo indicó Paz, en esta muestra erótica hay una representación. En una auténtica celebración, se procede con un sacrilegio colectivo. Las joyas y las telas finas proceden a posarse sobre una carne viva, ya no en un sentido adulatorio, sino decorativo, para exaltar las formas voluptuosas de la mujer. A través de este giro carnavalesco, se consagra a la dueña de la actividad sexual comunitaria como patrona de la sociedad, impera el erotismo en el poblado, se ejerce una elección voluntaria en detrimento del discurso cristiano y de su axiología.

El erotismo parodiado en la ciudad

Para la novela de Galich, el espacio diegético es distinto, al pasar al ámbito de la cultura urbana contemporánea. Estéticamente, es un texto más lúdico y carnavalesco. Muestra de esto es que, solo iniciar, el lector encontrará lo siguiente: “las mujeres cargan el horno entre las piernas –por eso venden cosa de horno, ¡vas a querer, mi amor!” (p. 1)², con lo cual se toma la genitalidad como una banalidad. Como lo propuso Paz, el erotismo se desacraliza, se convierte en algo mundano, se liga con la venta de un bien, del mismo modo que lo promocionan las mujeres como un mero trámite de intercambio entre el acto sexual y una remuneración económica. El horno en este fragmento tiene una carga polisémica, ya que ostenta una relación de significado con el fuego, que es símbolo pasional, que consume y que debe ser aplacado, con lo cual se presenta como elemento ligado al deseo sexual del sujeto femenino. Asimismo, su otro sentido se enmarca en el

² Galich, F. (1999). *Managua Salsa City (¡Devórame otra vez!)*. Editora Géminis, Universidad Tecnológica de Panamá. Todas las citas provienen de esta fuente. En adelante, se indica únicamente el número de página entre paréntesis.

ofrecimiento que se da de lo que produce el horno. Es una maquinaria potencialmente productora de placer. Ostenta la condición de ser un conjunto genital deseable, que se ofrece al otro, que se reconoce como aparato complaciente que puede brindar satisfacción lasciva al comprador, a quien a su vez se le vende la idea de que debe aplacar su instinto a través de este intercambio.

Consecuentemente, aparece una prostituta, quien busca algún hombre que le pague por sus favores sexuales. Representa al sujeto sometido por la dinámica del capitalismo. El dinero mueve su vida: “si vamos a parar a la pensión o al motel o por último en la orilla de un cauce, vale verga, lo que cuenta son las cincuenta o cien o ciento cincuenta varas que me va a soltar” (p. 3). Esto ya era señalado por Paz, quien indicaba la exacerbada explotación del sexo ejercida por el mercado. Es un sistema de intercambio de valores, en el cual se les pone precio a los atributos físicos del ser humano para poder usarlo libremente a través de los distintos sentidos: desde consumirlo con la mirada hasta consumirse de lleno en la carne del objeto del deseo. Con ello, no hay erotismo posible si se trata de un trabajo, ha perdido su sentido placentero a través de caracterizaciones exageradas, que muestran la disposición de recibir el pago, aunque las condiciones para la práctica no sean las mejores.

En este ambiente de rumba se encuentran los protagonistas: La Guajira y Pancho Rana. En sus diálogos se hace manifiesta la tensión sexual: “nos vamos pa mi quinta. –¿A hacer qué? – (hay que hacerse la pendeja.) –¿Amorcito, no sabés qué es lo que hace una pareja sola en una quinta? –¡Ay, no, yo no sé...!” (p. 5). La falsa inocencia resulta jocosa para el lector, quien está enterado de todo, que él no es dueño del lugar ni ella tan inocente, sino que lidera una banda de maleantes. Su cuerpo es la carnada para cazar incautos. No obstante, el erotismo de La Guajira se mantiene, pervive a pesar de su profesión sexual. Ante las aproximaciones de Pancho Rana, se deja seducir, y solo le queda decir que “putea cuando la necesidad de culear aprieta como ahora” (p. 14). Nuevamente, como en el ya analizado caso de Concha, es una mujer dueña de su sexualidad, que la vive de la manera que desee, aunque enmarcada en un contexto que

le demanda la obtención de un beneficio monetario a través de métodos de delincuencia organizada.

A pesar del ascenso de deseo, el sujeto femenino mantiene su postura de inocencia: “—¿Amor, te gusta bailar pegadito esta pieza? —¡Ay!, pero me da pena. —¿Pena de qué? (lo único que tengo es pene.)” (p. 14). Nuevamente, el discurso erótico es humorístico, sigue la candidez de la mujer que se confronta con el pensamiento lascivo del hombre, como se aprecia en el juego de palabras que remite al falo. La coquetería sigue, se construye con recursos retóricos: “ya no me aguanto las ganas de morder la frutita (...) —¿Cuál frutita? (...) —¡Pues cuál, mi amor, la de tu boquita!” (p. 17). Esta rima presenta el deseo del hombre por consumir a la mujer, por devorarla en todo sentido. Empero, en la cacería erótica hay contrincantes. La Guajira recela de la mesera, pues “ha de haber trabajado en un buen putal, donde van los hombres de reales, los empresarios, los del gobierno, las altas vergas del ejército” (p. 24). Nuevamente, se dan los jocosos juegos de palabras, en esta ocasión exponen la polisemia del adjetivo, pues lo alto remite tanto a la erección del miembro viril como al estrato del cual son parte los sujetos que ostentan la mayor capacidad económica en la sociedad señalada: aquellos que se desenvuelven dentro del campo del mercado económico, los que son parte del aparato estatal y, finalmente, el propio régimen militar.

Más adelante, la pareja se moviliza hacia un lugar para el encuentro sexual, mientras La Guajira “sentía que una brasa se le empezaba a encender entre la hoguera de sus piernas. ¡Putá!, si más guaro he tomado con mis pofis y nunca, nunca he sentido lo que ahora” (p. 25). La lucha contra el deseo erótico es risible. Se recurre a lenguaje soez para demostrar el avance de la excitación en la mujer, representada por medio de la comparación entre el ardor del genital con el calor del fuego que puede incendiarla para desatar su deseo. En su trayecto pasan por un cine, en el cual se proyecta un filme pornográfico: “*Anal Love*, que por supuesto entendieron perfectamente bien sin entender ni hablar el inglés” (p. 28). Lo erótico se convierte en un chiste. Los sujetos reconocen la práctica de la sodomía en el título de la película a pesar de su incapacidad de sortear las barreras lingüísticas. Se magnifica la comprensión sobre el sexo que poseen los

personajes principales. Son seres desarrollados en un ambiente impúdico, que han aprendido los valores atinentes al contexto. Ya en el motel, hay pantallas que transmiten una grabación erótica, que se describe como: “mujer que se deleitaba en adorar un robusto cetro de temporales imperios. Se le ocurrió que Pancho Rana también podía ser monarca de sus abismos y suspiros” (p. 32). En una imagen graciosa, se establece que el poderío del falo es transitorio, como su vigor durante la erección. La Guajira desea que su acompañante se convierta en su rey, que gobierne sobre sus zonas erógenas.

Luego, en el acto sexual en la quinta de los jefes de Pancho Rana, se narra jocosamente el clímax: “la bestia biespaldárica se yergue, hiere profundo, penetra, empuja, la espada castiga, sin piedad desata toda su velocidad para al final, vomitar violentamente su cálida ira amorosa” (p. 65). La ruptura del código se inicia con el neologismo que remite a un ser de dos espaldas, que es la pareja en plena cópula. Sigue la presentación del elemento agresivo en la forma del arma filosa, la cual manifiesta el azote violento propio del coito sobre la carne del otro. Posteriormente, resulta absurda y grotesca la elección verbal: “vomita”, para aludir a la eyaculación como ápice del encuentro sexual. Con el oxímoron final de la furia amoratoria se cierra la actividad, con un sentido de extrañamiento provocado en el lector por la manera humorística de narrar la unión de los amantes.

La farsa erótica desarrollada por parte del texto tiene un sentido de desacralización del elemento sexual. Este se muestra exagerado, conforme a estrategias de mercadotecnia contemporánea, representado a través del uso de distintos recursos retóricos y estilísticos que dan cuenta de un ejercicio de la sexualidad hiperbólico, muy lejano ya del sentido amoroso propiamente predicado por el discurso cristiano. Asimismo, se aparta del ideal, ya citado por Barthes, que propone el cumplimiento erótico siempre y cuando exista un sentimiento de por medio, que va más allá del puro deseo que se presenta humorosamente denigrado a lo largo de la novela a través de los fragmentos analizados, que involucran la superficialidad del ejercicio sexual cuasi animalesco y ajeno a los lazos del amor.

Antierotismo feroz

Finalmente, se presenta el análisis de *Moronga*. A Zeledón, uno de los dos salvadoreños protagonistas, le resulta placentero observar descaradamente el cuerpo de la mujer, sin importarle su sentir al respecto. Su visión hipersexualizada se coloca sobre las estudiantes universitarias de la región: “Cuando miraba a esas chicas semidesnudas exudando hormonas por las calles, me preguntaba lo que hubiera sido mi vida si yo hubiese tenido veinticinco años menos” (p. 27)³.

Otro personaje, Jim, desea volver a su patria, Nicaragua. Lo planea para sus cincuenta años, pues “ahí podría conseguir una muchacha guapa que quisiera estar con un gringo viejo como él; ya estaba harto de usar la mano, dijo, con un gesto rápido y chistoso. El sexo era su obsesión, o la falta de sexo” (p. 32). La exacerbada práctica sexual conlleva adicciones, tanto a la masturbación como al coito, por lo cual se transforma en hecho “antierótico”. Esto es, en palabras de Paz, el hedonista encarnado, el sujeto que busca la consecución del placer sexual en menoscabo de cualquier consideración dogmática o ética. Jim se reafirma como estadounidense, en detrimento de su origen centroamericano. Es un tipo de cierta edad que desea ser turista en la nación del istmo que alguna vez fue su hogar. Como migrante que logra vivir en la nación norteamericana, su capacidad económica en ese punto de la vida le permite ser deseado por jóvenes que buscan una parte de su capital, prácticamente una forma de prostitución que se traduce en placer sexual alejado del cansino onanismo para el susodicho.

A su vez, el personaje de Zeledón fornicaba con Nikki, una bisexual que tiene como pareja estable a otra mujer denominada Stacey. La toma por la boca mientras la penetra con sus dedos. Tiene impulsos salvajes: “Sentí que el animal venía desde bien adentro” (p. 37), sin embargo, la susodicha lo detiene, pues piensa que su pareja puede volver en cualquier instante. Empero, en otra ocasión consuman el acto. Sin cruzar palabra se topan en la lavandería de los apartamentos. Ella no traía nada de ropa interior debajo,

³ Castellanos Moya, H. (2018). *Moronga*. Penguin Random House. Todas las citas provienen de esta fuente. En adelante, se indica únicamente el número de página entre paréntesis.

se comunican con las miradas y él la penetra sobre una secadora (p. 58). La práctica antierótica se da sin importar las consecuencias, sin ser conscientes de que se lastima al otro por traiciones e infidelidades, solo se busca el gozo a como dé lugar. Hay una auténtica depredación humana, carnívora, en busca de saciar el instinto.

El coprotagonista, Aragón, no se queda atrás en cuanto al “antierotismo”. Para poder conciliar el sueño durante la siesta debe necesariamente recurrir a la masturbación y la pornografía: “permanecí succionado por la pantalla, sin conciencia del tiempo ni del espacio, manoseándome la moronga” (p. 147). Es hábito mecanizado, establece una insana relación de acción-reacción, lo necesita dentro de su vida cotidiana, aunque sabe que le hace mal, puesto que “es de conocimiento público que el exceso de ansiedad sexual quema las neuronas, puede uno quedar retardado” (p. 148). Su historial de parejas es complejo, como el de cualquier adicto al sexo, pero sobresale una mujer llamada Petra, quien quería que tuvieran un hijo. Debido a esto, el sexo se convierte en algo rutinario, por lo cual Aragón le pierde el gusto al únicamente poder eyacular en la vagina. Busca encuentros sexuales con sus alumnas de clases de baile y ellas se lo conceden (p. 175), lo que demuestra una vez más la práctica antierótica de buscar el placer a como dé lugar en detrimento del amor y las relaciones estables.

Incluso, el antierotismo del personaje deviene en un menosprecio a la propia legalidad, esto se muestra en su relato del coito consumado con Mina la noche anterior. Esta es una relación de adulterio, en la cual: “en el instante en que quise poner mi lengua o mi falange en su ano Mina reaccionó con tal hostilidad que de haber persistido yo ella quizá me hubiese demandado” (p. 215). El narrador reconoce su insistencia por penetrar analmente a la mujer a pesar de la negativa de ella, con lo cual caería en un delito, elemento jurídico que lo hace pensar antes de continuar con sus intentos infructuosos: “a tal grado se indignó con las dos arremetidas que alzó la voz para advertirme que ni a su marido le permitía eso” (p. 215).

Es problemática la frustración sexual de la instancia narrativa, pues su satisfacción depende de la violación del cuerpo con el cual se encuentra en ese instante, sin importarle las consecuencias psicofisiológicas que pueda generar en esta persona.

Nuevamente, siguiendo las afirmaciones de Paz, este sujeto activo despótico quiere actuar en detrimento del objeto del deseo que se presenta ante sí, en un rol pasivo por la naturaleza del tipo de coito que se efectúa en el pasaje. La prueba más fehaciente de ello es el segundo intento que se cita, pues el narrador ya sabe que no tiene el consentimiento para la ejecución de la penetración anal, pero con sadismo reitera su voluntad de imponerse sobre el otro. No es un sadomasoquismo al uso, pues la parte pasiva no se entrega sin reservas al ente activo. Esto no le genera placer, con lo cual se pierde cualquier elemento erótico y se entra en un claroscuro que puede devenir en auténtico crimen sexual.

En la casa de la familia que le renta una habitación a Aragón, se encuentra un personaje netamente “antierótico”, Amanda, niña adoptada de ocho años que actúa de formas inconcebibles para un infante. Tiene un hermano mucho menor, también adoptado, al que ha abusado sexualmente de forma constante. Le muestra sus genitales, le hace proposiciones indecentes, se masturba frente a él y le pide que le muestre su pene. Le recrimina que si no lo hace es porque lo tiene pequeño y que ha visto miembros enormes, porque también se descubre que la niña es adicta a la pornografía por el historial de la computadora familiar. Esta aberración hace pensar a sus padres adoptivos que la única explicación racional es una posesión demoniaca (pp. 159-160). La niña entra al recinto de Aragón y lo descubre observando videos eróticos, por lo cual lo amenaza con que, si no la deja ver, le dirá al padre adoptivo que Aragón la violó (p. 255). Ante la negativa, dice que recurrirá a la policía. Empero, le propone a Aragón que se deje realizar una felación, mientras se desnuda y le dice que no es una niña. En efecto, en realidad es una adolescente, pero la depravación de Aragón solo se frena por el temor a la cárcel y la expulsa del lugar. Lo hace sin un convencimiento real, pues actúa de esta forma por si lo estuvieran grabando (pp. 256-257). Su ética no le permite declinar, sino su temor a la legislación y a las autoridades judiciales de los Estados Unidos.

Aunado a todo esto, el “antierotismo” distópico que corre a cargo de la autoridad gubernamental que se discutió en el apartado teórico de este trabajo tiene su referente real. En el texto se expone el caso de Alemania, país en el cual, al igual que otras

naciones, el Estado es quien regula la prostitución por su condición legal. Se indica que dentro de las altas esferas hay demanda por prácticas sexuales cada vez más extremas. Una de las prostitutas de mayor fama es experta en sadomasoquismo y sodomiza altas jerarcas en sus horas de almuerzo para que alcancen el clímax y, aparentemente, trabajen de buena forma (pp. 188-189), con lo cual el sexo es un engranaje dentro de la lógica capitalista para el funcionamiento del mercado. Está alejado de su naturaleza placentera, de disfrute en un plano del tiempo libre con una persona deseada, hasta quedar relegado a un hecho ejecutado por una especialista eficaz y que actúa en un lapso determinado por el sistema laboral en búsqueda de que los receptores del orgasmo sean productores idóneos para el mercado.

Aunque las situaciones descritas a lo largo del texto provocan rechazo en el público, lo cierto es que son verosímiles. Por su estética realista, además de la constante descripción de espacios, citación de lugares y fechas concretas, permite concebir en el lector la noción de que los hechos narrados son factibles, y no en cualquier territorio, sino en uno de aparente civilidad y progreso como lo es Estados Unidos, con todas las implicaciones que esto conlleva dentro del imaginario colectivo. Queda en entredicho la integridad de la gran potencia mundial, a merced de una realidad hipersexual que afecta a los sujetos que se desarrollan en ella.

Conclusión

En *El tiempo principia en Xibalbá* (1985), el erotismo funge como discurso adoptado por la comunidad indígena para separarse del cristianismo. Concha asume la actividad erótica como la base de su existencia, es su experiencia vital la que le dicta el gozo carnal como fin mismo de su vida. Disfruta del acto sexual sin hacer caso a los llamados y las condenas que emite la autoridad religiosa de la zona por su reiterada transgresión de principios teológico-morales, con lo cual fragmenta estructuras sociales en su comunidad. Asume un erotismo total, renuncia a la maternidad, con lo cual arrebatada al coito su función reproductiva. A pesar de que se casa, no consuma la unión, sigue en una posición rupturista con respecto a la oficialidad católica. Su marido, Juan Caca,

también tiene atisbos de un erotismo de protesta frente al discurso cristiano, puesto que manifiesta rasgos homosexuales al anhelar la cópula con Pascual. El ápice de la actitud anticristiana se aprecia en la suplantación de la Virgen de la Concepción con Concha. Una vez que la efigie de madera ha sido violada por Pascual, ha traspasado el límite que los hombres de la comunidad anhelaban romper, como se manifiesta en sus acciones lascivas hacia el icono. Empero, con el ultraje, esta efigie ha perdido su razón de ser y la comunidad prefiere a la puta que satisface sus deseos carnales. El sacrilegio funge como proceso ceremonial para canonizar lo erótico como centro de sus vidas, de manera contestataria a la religiosidad impuesta por los colonizadores.

Por otro lado, en *Managua Salsa City (¡Devórame otra vez!)* (1999), el erotismo, inicialmente, es de naturaleza pragmatista, con funciones específicas dentro de la lógica socioeconómica imperante. Hay prostitución, se emplea como herramienta para capturar hombres ingenuos y asaltarlos, quienes son atraídos por mujeres seductoras en un aparato mercadotécnico que vende la idea del placer como necesidad que debe ser saciada a como dé lugar. Luego, en la relación entre Pancho Rana y La Guajira se observa un erotismo humorístico, lleno de dobles sentidos, aparente inocencia, juegos de palabras, recursos retóricos, entre otros; elementos que propician una representación jocosa de la actividad erótica que la aleja de las normas preestablecidas por el pensamiento cristiano expandido a lo largo de las sociedades latinoamericanas, a la vez que se desnudan las lógicas neoliberales de mercado que cosifican al sexo y lo ofrecen como un activo más que es posible comercializar. El coito se desmarca de cualquier relación con el sentimiento amoroso, se animaliza, queda expuesto como un acto superficial para generar placer al sujeto.

Finalmente, *Moronga* (2018) presenta el “antierotismo” en su máximo esplendor. Los personajes actúan para su propia complacencia sexual sin importarles los demás. Acosan sexualmente a las mujeres, son infieles, cosifican al sexo opuesto, son adictos al sexo, la masturbación o la pornografía, renuncian a la estabilidad de una pareja fija y solo rechazan la intimidad sexual en caso de que sea penada con cárcel, puesto que la lógica imperante del hedonismo actúa en detrimento de una ética o dogma predefinido.

Así como se dice que la realidad supera a la ficción, se puede decir que el realismo sucio superó la distopía, puesto que las caracterizaciones antieróticas de Laura Fuentes en su cuentario se presentan en diversas situaciones plausibles en la novela de Castellanos Moya. Se deja el discurso de la ciencia ficción desde el cual emerge el concepto para corroborar que la nueva categoría teórica es aplicable a la estética realista contemporánea, en un contexto marcado por el ejercicio activo de la violencia en todas sus manifestaciones.

Por último, vale la pena destacar que, en la evolución de las letras centroamericanas, se ha tendido a generalizar un estancamiento en la narrativa de posguerra, tanto por parte de los escritores como de los críticos. Se piensa que los autores canónicos siguen merodeando los derroteros de los conflictos fratricidas, rememorando la vieja herida abierta en el istmo, con lo cual ofrecen material para los especialistas que siguen rumiando el capital cultural que se les provee, a la luz de las mismas teorías ya conocidas. Sin embargo, es rescatable que, desde otras propuestas textuales con estéticas divergentes, salgan categorías teóricas útiles para la comprensión de la literatura, que brinden nuevas luces y abran campo a una nueva interpretación del texto, que promuevan una explosión de lecturas que abogue por ese esencialismo del arte literario: la condición inagotable del texto.

Referencias Bibliográficas

- Alfaro Córdoba, A. (2010). Mestizaje, sexualidad y organicidad en *La guerra mortal de los sentidos* de Roberto Castillo y *El tiempo principia en Xibalbá* de Luis de Lión: Una comparación. *Cuadernos Intercambio sobre Centroamérica y el Caribe*, 7(8), 53–67.
- Barthes, R. (2005). *El grano de la voz: Entrevistas 1962-1980*. Siglo XXI Editores.
- Bataille, G. (1997). *El erotismo* (A. Vicens, Trad.). Tusquets Editores. (Obra original publicada en 1957).

- Bezhanova, O. (2021). La sirvienta y el luchador (2011) y Moronga (2018) de Horacio Castellanos Moya. ÍSTMICA. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras, 1(28), 77–97. <https://doi.org/10.15359/istmica.28.5>
- Boyer, E. (2019). Discursos de la identidad guatemalteca: El tiempo principia en Xibalbá de Luis de León (1985) y La otra cara de Gaspar Pedro González (1992). Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos, (38), 113-130.
- Camacho Alfaro, A. E. (2022). El neoindigenismo, el género y la identidad en “El tiempo principia en Xibalbá”, de Luis de León [Tesis de licenciatura, Universidad Nacional]. Repositorio Académico Institucional UNA. <https://repositorio.una.ac.cr/items/e332887f-72c7-468d-a36a-08ca75c91ac2>
- Castellanos Moya, H. (2018). Moronga. Penguin Random House.
- De León, L. (2018). El tiempo principia en Xibalbá. Ediciones del Pensativo.
- del Valle Escalante, E. (2015). Nacionalismo maya y descolonización política: Luis de León y El tiempo principia en Xibalbá. Cuadernos de Literatura, 19(38), 318–337. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl19-38.nmdp>
- Galich, F. (1999). Managua Salsa City (¡Devórame otra vez!). Editora Géminis, Universidad Tecnológica de Panamá.
- García de la Sienra, R. (2021). Estéticas del deseo en la novela indígena contemporánea. Revista de Estudios Populares e Hispánicos, 19(2), 135–150. <https://doi.org/10.29043/liminar.v19i2.846>
- Jossa, E. (2019). Horacio Castellanos Moya, Moronga. Altre Modernità, (21), 346–349.
- Moreno Mosqueda, Z. (2009). Mecanismos revolucionarios de liberación en El tiempo principia en Xibalbá de Luis de León. Reflexiones, 88(2), 125–132.
- Muñoz, K. (2017). On the road to nowhere: A reading of Franz Galich’s Managua, Salsa City (¡Devórame otra vez!). Dissidences, 7(12), 1–17.
- Paz, O. (1994). La llama doble: Amor y erotismo. Seix Barral.
- Poe, K. (2003). Sexo, cuerpo e identidad en El tiempo principia en Xibalbá de Luis de León. Revista Reflexiones, 82(2), 83–91.

-
- Vázquez-González, L. (2011). El tiempo principia en Xibalbá: Claves míticas y realidad socio-política. *Mitologías Hoy*, 2, 42–51. <https://doi.org/10.5565/rev/mitologias.48>
- Villalobos, C. (2003). Castígame con tus deseos. Los umbrales de Managua en la novelística de Aguirre y Galich. *Inter Sedes*, 4(6), 125-133.
- Wieser, D. (2015). Masculinidad y violencia de género en la novela negrocriminal nicaragüense. *Badebec*, 4(8), 205-232.
- Wilson, C. (2011). Cruz de olvido y Managua, Salsa City: Devórame otra vez: el reflejo de los rastros de la violencia en la nueva realidad urbana de la Centroamérica de posguerra. [Tesis de maestría no publicada]. Texas State University, San Marcos, Texas.
- Zúñiga Rivera, M. (2016). “Antierótica feroz” y otras cuestiones paradójicas. *Revista mexicana de sociología*, 78(3), 529-549.